

PESADO Y MEDIDO

ADAPATCIÓN DE LOS HERMANOS ÁLVAREZ
QUINTERO

TOMÁS URTUSÁSTEGUI

2001

PERSONAJE:
DON SECUNDINO.

Despacho, ni lujoso ni humilde, ni elegante ni cursi, ni grande ni chico, en casa de don Secundino. No es ni por la mañana ni por la tarde: es al mediodía.

Don Secundino es un señor de cincuenta años, cómicamente triste, usa bisoñé. Viene de la calle, con vivas muestras de cansancio, de disgusto, de indignación.

DON SECUNDINO.- No me quedaba más que ver. ¡Hasta la Justicia, de parte de los criminales! ¡Qué mundo! ¡Qué vida! ¡Nunca lo pude esperar de Astea! ¡Mujer al fin! (*Resopla, sofocado*). ¡Esto es cólera! (*Vuelve a resoplar*). ¡Cólera, cólera!... (*Pasea en silencio. Luego tira el sombrero al suelo con rabia*). ¿Qué haces, Secundino? No te conozco... (*Levanta el sombrero, lo sacude cariñosamente. Le habla*). Tú no tienes la culpa, infeliz. ¡Bastante has hecho toda la mañana con soportar esta olla de grillos que llevabas debajo! (*Lo coloca en una silla. Resopla*). ¡Cólera; estupefacción; asombro!...¿ Qué podrá pasarme ya a mí que me desconcierte o que me sorprenda? Nada. Si me dicen que un camello preguntó por mí en la portería, a mí me parecerá lo más natural. Ante mí se ha desplomado el mundo. Las leyes de la lógica no existen; son un mito, una farsa; humo, polvo, ceniza...¡Caballeros, que chasco el mío! La lógica acaba de resultarme una cabaretera sinvergüenza. Así, así; sinvergüenza. (*Al público*). Si quieren ustedes compartir conmigo la tribulación, van a oírme. Precisamente yo necesito un desahogo. Todo el mundo presta atención, nadie se mueve; algunas señoras me miran con lástima...Luego es evidente que me quieren oír. Gracias de antemano.

Yo, señores, pasé mi primera juventud, y aun mi segunda y mi tercera- porque en vano trataría de ocultar que ya soy madurito-, buscando respuesta a estas preguntas: ¿ Es el matrimonio el estado perfecto del hombre? ¿Debe casarse el hombre? ¿Debo casarme yo? ¿A qué edad debe casarse el hombre? ¿A qué edad debo casarme yo? Son tan arduas, complejas y dificultosas, que me han llevado, como dejo dicho, tres juventudes, y no las he contestado en definitiva hasta hace cuatro meses, que me leyeron la famosa Epístola de Ocampo.

Devoto, más que devoto, esclavo de la Sindéresis, siervo de la Razón y de la Lógica, consulté un montón de estadísticas: ¡el noventa y siete por ciento de ellas favorables al matrimonio! Desprecié el tres por ciento. Y pensé después mirarme en el espejo de mis amigos, que, puesto que lo son, algo semejante ha de haber entre ellos y yo; ¡compulsa, analiza, aquilata, pesa, mide!...Y pesé y medí. Dos amigos míos estaban casados y eran dichosos; otros dos, que permanecían solteros, se habían comprometido, enredados con sendos pendones- la palabra suena mal, pero es exacta y está en el Diccionario de la Academia-, y no eran felices; y un quinto amigo, en fin, disfrutaba de los dos estados: tenía esposa y pendón. Consecuencia: yo debía casarme. ¿A qué edad? ¡En seguida! Sí; porque pesando y midiendo había perdido un tiempo precioso. Sobre que ya tenía cuarenta años y pico, y me iba a ser difícil casarme más joven de lo que era. Sin embargo, y para consolarme de esta dificultad, mi natural sindéresis me decía: el matrimonio prematuro es expuesto: sobra fuego y falta experiencia; el matrimonio tardío es peligroso: sobra experiencia y falta fuego. Es menester casarse cuando una cosa compensa a la otra: ni exceso de experiencia, ni exceso de fuego, ni exceso ninguno. Mitad y mitad. Mitad se le llama en el matrimonio a la parte complementaria. Mi mitad, mi cara mitad...Como que, en rigor, el matrimonio es eso: una persona a quien parten por la mitad. Y no se tome esto en sentido equívoco. Consulté de nuevo estadísticas, comparé, medité, profundicé, pulsé, pesé y medí. Y me di un golpe en la frente. ¡Yo tenía la edad para casarme; yo debía casarme. ¿Con quién? ¿Cómo debía ser mi novia? ¿De dónde debía ser mi novia? ¿Qué edad debía tener mi novia? Mi primera duda fue ésta: Secundino ¿tú tienes ya un tipo de mujer? Recapacita. Entiéndase lo que quiero decir: si yo tenía concepto fijo, imagen soñada, ideal...Y de deducción en deducción, de consecuencia en consecuencia, llegué a estas conclusiones finales: ¡ Ahora estoy tocando las consecuencias! Mi esposa debía ser una mujer modesta y bonita; de mediana posición social, sin madre, a ser posible, y de tener madre, que no tuviese padre; que no hubiese nacido en ninguna de las regiones extremas de México; esto es, que no debía ser ni tamaulipeca ni yucateca, ni chihuahuense ni tabasqueña; que tuviese diez o doce años menos que yo, y que no fuese ni completamente una lugareña ni absolutamente una capitalina. ¡Pesado y medido, señor! Bueno: pues esta mosca blanca la encontré en Toluca. “¡Ella es!”, gritó mi ser entero al verla.

Adelante. Redacté ipso facto una declaración preciosa y la guardé durante nueve meses. No había que precipitarse: había que estudiar el carácter de mi elegida y las condiciones de su ascendencia. A la mejor, los organismos se repelen y los caracteres no casan. Me preocupaban altamente los hijos. Yo me casaba para tenerlos. ¿Me los daría aquella mujer? ¿Cuántos me daría? De su complexión cabía esperarlos con fundamento legítimo, sus curvas eran harto elocuentes; estaban llenas de promesas...Por otra parte, una hermana suya tenía dos; su madre había tenido tres; mi hermano mayor tiene siete, y el segundo, cuatro; yo, que soy el pequeño, bien podía esperar uno o dos siquiera. Pero bien: ¿serían perfectos estos hijos? ¿Serían saludables? ¿Serían guapos? ¿Cómo serían? Estudié los antecedentes de ambas familias con toda escrupulosidad; me analicé la sangre dos veces; me valí de un ardid para que ella se la analizara asimismo, y el resultado de mis investigaciones y vigiliass fue triunfal, admirable: Matilde Torrejón y Buyrguillos debía ser la esposa de Secundino Artigas y Clodoveal ¡Habíamos nacido el uno para el otro! Si ella era predominantemente sanguínea, yo era predominantemente linfático; si ella era vehemente y risueña, yo era calmoso y grave; ¡todo equilibrado, señores! Si ella tenía un tío flemático y grueso, yo tenía uno nervioso y flaco; y si hubo un loco en su familia, en la mía hubo un tonto, que no ha sido el único, por lo visto. ¡Todo equilibrado, todo compensado! Consulté, por último, con mis confesores- tengo dos, uno en la capital y otro aquí-; copié la carta de declaración de nueve meses antes, porque la tinta se había puesto parda y el papel amarillo; se la remetí a la dama de mis pensamientos con un ramo de lilas, y esperé tranquilo la respuesta. Y fue satisfactoria. Y en los dos años que duraron nuestras relaciones- un año por cabeza- no hubo entre nosotros un sí ni un no como era natural que ocurriese. Antes de ir al altar nos confesamos mutuamente flaquezas y defectos. Yo tenía más defectos que ella. Ella tenía...menos flaquezas que yo. Yo le declaré, entre varias cosas no tan interesantes, que usaba bisoñé: (*Se lo quita y queda pelón*) Ella fue tan angelical, que me confesó que lo había notado desde le primer día. Lo mismo, exactamente, me ocurrió con la pintura del bigote: también la había notado, y también me lo dijo. Esto me halagó sobremanera, porque me revelaba un alma sin dobleces. ¿Que nos quedaba por decidir ya, en medio de tanta ventura? Una sola cosa importante: si su madre habrá de vivir o no con nosotros. Y he aquí que en este punto preciso todas las estadísticas, todas las referencias están conformes que una suegra presente en la casa es cien veces menos tolerable que una

suegra por correo o por telégrafo. Mamá, pues, se quedaría en Silao. Yo siempre la llamé mamá, con una ternura que nadie ha sabido agradecerme. Nos casamos, para concluir, como dos tortolitos, y al partir el tren que había de conducirnos a Guadalajara, le apreté por primera vez la mano derecha más de lo justo. Ella me sonrió y...Basta.

Conocidos estos prolijos antecedentes, ¿quién pondría pensar sino que mi matrimonio había de servir de ejemplo en el mundo? Pues ¡buen ejemplo nos dé Dios! Mi desencanto ha sido enorme; mi caída, de lo alto de la Torre Latinoamericana. Esta mañana he encontrado en la mesa de noche una carta de la perjura, en que me dice que se escapa con el secretario y la doncella ¡porque no pueden aguantarme! ¡A mí! ¡A mí! ¡El espejo de la cortesía, que le pasaba tarjeta a mi mujer para entrar en su alcoba! ¡Ay! Creí que soñaba al leer aquellos pavorosos renglones, y me di una ducha. ¡Pero no soñaba! ¡Se habían escapado los tres! ¡Abrumador conflicto! ¿Qué debía hacer yo? ¿Qué determinación tomaría? ¿Los buscaba? ¿No los buscaba? ¿Daba parte? ¿No daba parte? ¿La mataría? ¿No la mataría? ¿Mataría al secretario? ¿Me mataría yo? ¿No mataría a ninguno? ¿Qué hacer, Dios mío? Una inspiración, un impulso no sentido nunca, me llevó a la casa de un famosísimo jurisconsulto: Valdivieso. Me encerré con Valdivieso en su despacho y he estado con él, dale que le das, cinco horas. Lo llamaron para comer, dos veces: inútil. Ladró el perro: inútil. Oí a la familia discutir si ponían o no ponían una escoba detrás de la puerta: inútil. Yo no me daba por aludido. Le expuse el caso a Valdivieso de la a a la zeta, detalle por detalle, pelo a pelo- ya ustedes me conocen un poco- él cerraba los ojos, sin duda para recoger mejor su atención y de cuando en cuando se quejaba de los riñones; y al cabo de las cinco horas-esto mana sangre-el intérprete de la Ley se puso de pie repentinamente ¡ y me dijo, con todas sus letras, que mi esposa, mi secretario y la criada habían hecho bien en escaparse por no aguantarme a mí! ¡El intérprete de la ley me dijo esto! Una congestión pasó por el despacho. Afortunadamente no me dio.

Salí a la calle. No podía presumir que en la calle me esperaba el último golpe. Me tope a un amigo regiomontano, Jorge Garza Treviño, a quien odio con mis cinco sentidos, por incompatibilidad de caracteres. Me abrazó con mil zalamerías; me espetó que era muy dichoso; que se había casado; que tenía dos hijos como dos soles, y que su mujer era una manzana...No sé lo que pasó por mí. “¿Dónde conociste a esa manzana?..-me atreví a preguntarle-. Y me contestó con su ligereza de siempre. “En el tren” “¿En el tren? “ ¡En el

tren!” Las cosas de la vida, Secundino. Si en lugar de meterme en un vagón me meto en otro, no me caso. Y se echó a reír y se puso a tocar los palillos. ¿Cabe, dada mi situación, burla más sangrienta, befa más cruel? ¿Comprenden ustedes ahora el desquiciamiento moral de que les hablaba al principio y de que soy víctima? ¡La Lotería Nacional tiene más lógica que la tabla de logaritmos! Una desolación; un espanto. Me faltan las fuerzas. Necesito comer para discurrir en razón. Si alguno de ustedes quiere acompañarme, entre plato y plato, le daré lectura de los estatutos y del reglamento interior que yo había establecido en mi casa. Nadie me contesta. Esto me alarma grandemente. Buenas tardes. Si alguien se decide voy a comer en el Restaurante Albo. Es comida vegetariana, como debe ser. Buenas tardes, señores. *(Coge el sombrero y se encamina a la puerta, da un suspiro de dolor).* ¡Ay!.*(Se dirige al público).*

“Voy desolado, abatido,
Roto el fiel de mi balanza...
¡Ay, Lógica, te has lucido!
¡Si decido la venganza,
Ni la peso ni la mido!”

FIN

RESUMEN: ADAPTACIÓN DE UN MONÓLOGO DE LOS HERMANOS ÁLVAREZ
QUINTERO. UN HOMBRE QUE TODO LO COMPLICA SE EXTRAÑA QUE SU
MUJER LO ABANDONE.

PERSONAJE: UN HOMBRE.

RESUMEN: MONÓLOGO DE LOS HERMANOS ALVAREZ QUINTERO EN
ADAPTACIÓN LIBRE.